

6 Voces miradas

Fugitiva ciudad

Manuel Rico (Madrid, 1952)

Poeta, narrador y crítico literario. Ha publicado un ensayo sobre la poesía de Manuel Vázquez Montalbán: *Memoria, deseo y compasión* (Mondadori, 2001). Entre sus novelas: *La mujer muerta*, *Los días de Eisenhower*, *Trenes en la niebla* (Espasa, 2005) y *Verano* (Alianza, 2008). Ha publicado los poemarios: *La densidad de los espejos* (Premio Juan Ramón Jiménez 1997), *Donde nunca hubo ángeles* (Visor, 2003), *De viejas estaciones invernales* (Igitur, 2006) y *Fugitiva ciudad* (Hiperión, Madrid, 2012) por el que obtuvo el Premio Internacional Miguel Hernández 2012.

Ciudad de barrios inciertos, periféricos; por ejemplo Madrid años 50, años 60. Frío, miseria y derrota. Chabolas de uralita y cartón, barrios tristes, parroquias, tiendas de rótulos ajados... Y los bares del miedo en que un niño adivina la derrota en la mirada huidiza del padre y sus amigos. Pero también, rompiendo el frío y el silencio, los sueños colectivos: los que regresan intactos, muchos años después, ante la tumba de Gramsci. Memoria de las cosas pequeñas: lecturas clandestinas, infinitas reuniones, ceniceros llenos, pintadas al alba. Y el amor como otra difícil conquista, lo que fue descubrimiento e iluminaba inhóspitas habitaciones. Lo que permanece.

Fugitiva ciudad es la evocación exacta de un país y una ciudad en aquellos años oscuros. Y de muchas otras ciudades. Y de otro tiempo más cercano: guerra de Irak, los nuevos excluidos como ese hombre “prefabricado en piel oscura por manos coloniales”; polígonos industriales casi abandonados. Y de amigos ausentes: Manuel Vázquez Montalbán, el poeta Diego Jesús Jiménez, Dulce Chacón. Este libro es mirada a una infancia y adolescencia, a una juventud de sueños compartidos. Desde esa íntima geografía del desconuelo y la esperanza nos habla Manuel Rico. Y alcanza nuestro presente. Y a un futuro también incierto. Libro dedicado a sus hijos y “a su generación maravillosa y golpeada”. Aquí hay memoria herida. También fidelidad a un sueño nunca del todo derrotado.

Antonio Crespo Massieu

En la tumba de Gramsci

El sueño demolido de quien murió en la cárcel.
La luz extrema del lenguaje y su sombra.
Árboles mojados y vagabundos.
Roma revisitada, ciudad vencida
a la que el día de abril de 2008 y de la lluvia
a Gramsci nos recobra, no al cautivo
de los días de niebla, dolor y Mussolini,
sino al leído en la ciudad vivida en días inestables
de calles fugitivas y ensoñaciones puras.

Al Gramsci de las quimeras
nacidas de la voz que iluminaba
ciudades sin escoria en los *Cuadernos
de la cárcel*.

A quien hizo propicias
noches que se extendían hasta el amanecer
en debates tintados
por prematura madurez y adolescencia breve
y aceras fronterizas y encharcadas.

Llovía en la mañana de la Roma de abril
y hablaba la memoria de las cosas pequeñas:
ceniceros de barro colmados de colillas
contra la madrugada, romos lápices
de dibujar consignas, abalorios
de viajes a países del Este o de otro mundo,
gastados pantalones de pana, o los vaqueros
rotos en las huidas muy cerca de Callao, antes
de pintar hasta el alba
el sueño colectivo en Méndez Álvaro
o en la universitaria.

Allí estaba la tumba
de quien murió en la cárcel, mucho antes
de nuestra devoción y nuestro sueño, cuando Europa
tiritaba de miedo y de agujas de muerte
y nadie de nosotros, amigos cincuentones en este siglo raro,
habíamos nacido.

La lápida mojada, la desnudez de un texto
que, entre flores muy vivas —*Ales, 1891/Roma, 1937*—,
conmueve al visitante, eran deforme espejo
del lector regresado, del militante envejecido
que yo era en la mañana
de abril de 2008 y de la lluvia
romana y abundante.

Contra la Enciclopedia

Era en la nebulosa de los barrios inciertos
de todas las ciudades donde vivió la infancia.
Era en la nebulosa de las madres mudas
y de los padres aterrados, de las letras
irrepetibles
y del número escaso. Era en la nebulosa
hija de quien se quiso
claridad ante todo, nunca abismo
ni sombra, sólo claridad,
vivencia de la plata
y del insulto: sólo
claridad.

 Crecen, encima de los muebles
de la casa de entonces,
los retratos, las cartas, los paisajes, aquella
figura de un santo condenado
a quién sabe qué hoguera, la dureza
de las enciclopedias construidas
para matar el pensamiento,
y enseñarte a vivir
contra la Enciclopedia y sus palabras
luminosas.

Bukowski, Madrid, ella

*ERA 1939 y nunca volvería a ser
1939
en Los Ángeles ni en ningún
otro sitio, escribió Bukowski
y en su verso roto yacía
la certeza de una herida abierta
en la piel
de mis predecesores,
o la certeza futura de que no hace tanto
era 1998, muerte de la madre, año de la orfandad
completa,
en Madrid y nunca volvería
a serlo en Madrid ni en ningún
otro sitio.*

De la hermosa insistencia

Te he visto envejecer en los salones de actos de todas las reuniones.
Te he amado más mientras el óxido arañaba la idea y arañaba la noche.

Éramos, juntos, el agua, el huracán, la tregua y el oficio
compartido, el sueño indigestible y las alondras.

He sido en ti como un novio sin límites y he vivido el azar
y el miedo y los viejos proyectos
colectivos al lado de los otros.

Y hoy te miro y me miras con la edad saqueándonos,
con la idea aún fresca como piedra de río,
con la inocencia púber y con la luz de abril
resistiendo a la niebla: otros dicen
la candidez o el autoengaño, el miedo
a ser solo y vacío.

Yo digo
perseverancia de tu sueño.

LA MÁS CÁLIDA voz, la voz de amante
clandestino, la voz
de niebla y de tabaco
negro, la voz de las crisálidas del barrio.

La voz amilanada
de las muchachas pálidas que habrían
de volver a su casa, sin remedio,
antes de que las diez
dieran en los relojes,
los ojos todavía
viviendo en el placer y en el engaño
del domingo de octubre.

En la herida primera y en la lágrima oculta.

EL AMOR COMO PÁJARO y distancia.

También como tibieza y cercanía, como abrigo de paño
o blusa de franela. Como rincón oscuro
y cuaderno olvidado
en ocultos refugios de montaña.

El que fue edificado de habitaciones sólo
conocidas de paso, como huellas
de un tiempo muy extraño, fugitivo en exceso.

El que se hizo ventana, quizá alféizar
que sujeta la noche, que explica adolescencias,
que amarga a veces o se endulza
con dudosos azúcares.

El hecho de humedades y de sedas
y cremalleras torpes y manos inexpertas
en barrios tan limítrofes
como tu propia estirpe, originaria
de la ciudad más rota y de los estraperlos.

Más allá de las patrias

Porque *el frío aguarda más allá de las patrias*,
respira en los zaguanes
de las casas sin patria, en los rosales
ajados por el frío, en el reloj que marca
las horas muertas, mide
los abismos.

Miro por la ventana,
comienza el otoño mas no llueve, es un día
de claridad que traiciona y revela, acaso incendia
las calles conocidas, los campos
tantas veces hollados.

Y los llena de muertos, de barro y soledades,
de abismos de ginebra
donde el frío aguarda
más allá de las patrias, más allá de la nieve,
más allá de tu sexo siempre desconocido,
muy cerca de Bagdad y de los seres
desparejados, huérfanos, rotos,
vencidos muchas veces en el siglo,
cuerpos como despojos, invisibles
sólo para los ciegos.

Plaza de España. Madrid.

Soy de la plaza de España
y de la vuelta del aire y de las gabardinas
heridas por la noche de los días de cine y de milagros
-en el Azul pasaban una historia de Bergman
de perennes secretos y grietas sin sutura-.

Soy
de una plaza cualquiera de una ciudad sin nombre
donde a veces se odia tanto como se ama. Soy
prefabricado en piel oscura por manos coloniales,
soy
vasallo triste junto a hogueras frías,
soy huérfano de este siglo, abrigo abandonado.

Soy de la plaza
de España y del andén vacío y de las escaleras.
De las noches más solas, salida a Noviciado.
Soy del cartón y de los soportales
que la noche desova como un reptil de caucho
en las horas más frías,
en las más turbias lunas.

Bares del miedo

¿Por qué los bares
se apropian del recuerdo cada vez que recobras
los domingos del padre y sus amigos?

Bares que olían mucho, quizá demasiado,
a coñac Veterano y a humareda.
Bares como cenáculos de la impotencia, bares
de breve salvación y miedos hondos,
bares de amaneceres, de alcohol madrugador
muy cerca de Quintana, cuando todo
tendía al claroscuro y la alargada estirpe
de aquellos que vencieron
tenía su reflejo en la mirada,
tantas veces huidiza,
del padre y sus amigos, visitantes
de los bares refugio,
de los bares sin horas,
de los bares.